

ticos ejercían en ella mucha influencia; obedecía, el centro, á un sentimiento mixto de desconfianza patriótica y de envidia ridícula.

Cometió grandes contradicciones. Algunas veces votó con la izquierda creyendo que mantenía así el equilibrio con la derecha. No advierte el centro que él mismo se desautoriza, se arranca su personalidad, se convierte en un factor ciego. Esta conducta, los enemigos atribúyenla al miedo y emplean los más osados medios de intimidación. La Convención no vió que su falsa política de báscula, de falso equilibrio, era como una prima para los terroristas.

La Comuna, el 27 de Diciembre realizó un acto de audacia. Lanzó una acusación contra un representante del pueblo, Carlos de Vilette, quien publicó un artículo en un diario girondino aconsejando la resistencia armada á las violencias de los revolucionarios, consejo del que los realistas pudieron sacar grandes provechos. Debía perseguirse al articulista, pero era necesaria la autorización de la Asamblea.

Otro incidente siniestro. Desde la casa del pueblo se vió el cuerpo de un hombre asesinado que lo conducían por la plaza de la Greve. El 31 de Diciembre, un tal Louvain, exiaosquetero de Lafayette, pronunció palabras en favor del rey y un federado lo atravesó con su sable.

Esta muerte en tales instantes, cuando la Comuna osó emplazar á un representante, parecía cometida expresamente para asustar á la Asamblea con un crimen que era como el preludio de otros muchos crímenes. Todo el mundo se indignó. Marat mismo se levantó y habló con violencia contra Chaumette, envolviéndole en una mirada de odio y de desprecio. Chaumette tomó miedo, y fué á excusarse ante la Comuna. Vilette se creyó á las puertas de la Convención rodeado de una muchedumbre que pediría su cabeza, pero tuvo ocasión para reirse ante sus narices. Esta gente que gritaba de continuo no siempre estaba de valor á la altura de sus gritos. Una vez un diputado á quien se amenazó de muerte, cogió á un individuo y lo magulló á puñetazos.

En el momento mismo en que la Comuna se excusa ante la Convención se le infiere un nuevo ultraje. Representábase en el teatro francés el *Amigo de las leyes*, obra muy mediana, pero en aquella época muy atrevida.

Juzgándola literariamente no era la obra contrarrevolucionaria, pero lo era, ciertamente, de espíritu. Grandes discusiones en pro y en contra. La Convención consultada no permite la representación. La Comuna defiende la obra. Los Jacobinos entran nuevamente en acción. La prensa entera cierra contra ellos, pero los Jacobinos se inquietaban tan poco, que piensan arrojar á los periodistas de la sala. Gustábales la propaganda puramente personal contra la Convención. Tomada la cuestión bajo este aspecto, poco había que esperar del arrabal de San Antonio. Aunque hubiera excesiva miseria y se sintieran con más intensidad los acontecimientos, estos habitantes han tenido más respeto á las leyes de lo que generalmente se cree. Tengo á la vista las actas de las

secciones del arrabal (Quinze-Vingts, Popincourt y Montreuil). Nada hay más edificante. En esos documentos hay mucha menos política que caridad.

Palpitan los sentimientos de las mujeres de los que partieron á la guerra, de los viejos, de los niños. El arrabal no formaba un cuerpo como se ha dicho. Las tres secciones tenían espíritu diferente; teníanse celos entre sí; sus asambleas eran pacíficas y muy poco numerosas, de ciento, doscientos, quinientos hombres á lo sumo y esto en circunstancias excepcionales. Los emisarios Jacobinos no manejaban el arrabal á su antojo como se ha creído. El hombre de confianza de Robespierre, Hebert (el 5 de Noviembre) apenas si puede reunir la sección de Popincourt para las elecciones.

Los federados del 10 de Agosto habían partido. La mayor parte eran gente establecida y padres de familia, y por grande que fuese su entusiasmo por la Asamblea no pudieron continuar. Las sociedades jacobinas enviaron otros federados de los departamentos, ó fanáticos ó hambrientos, ávidos de explotar la hospitalidad parisiense. Los ministros, Roland y sus colegas, guardábanse muy bien de facilitarles los medios de vida. Esperaban que el hambre que los había conducido á París, los arrojara de aquí precisamente. Los Jacobinos trabajaban por ellos. Los alojaban, los catequizaban, uno á uno, preparándolos con gran celo y habilidad. La Comuna los auxiliaba igualmente, empleándolos y proporcionándoles facilidades. De distrito en distrito, fué dotándolos de armamento para imprimir el terror.

Los Jacobinos estaban de acuerdo con la Comuna. Unión de los exaltados. Los unos y los otros tenían en su poder un fuerte ejército irregular compuesto de hombres desconocidos y extraños á la población de París. Situación verdaderamente extraña.

El 18 de Enero, la sección de Gravilliers propuso en el Obispado la creación de un comité de vigilancia que ayudará al de la Convención, recibirá las delaciones y detendrá á los acusados. El día 14, esta misma sección propone que se forme un jurado para juzgar á *los miembros de la Convención*. El mismo día, aceptando la invitación de la sección del Arcis, se celebra una reunión armada en una iglesia, reunión compuesta en parte de federados que se titulan colectivamente, *Asamblea federativa de los departamentos* y en parte de individuos de la sección de los Cordeleros, entre los cuales figuraban diputados de la Comuna. ¿Para que tomar las armas? Bajo el pretexto extraño y vago de jurar por la defensa de la República y la muerte de los tiranos.

La batalla presentábase con caracteres de inminente. El ministro del Interior comunicó á la Convención que él era impotente para conjurar el conflicto. «Pues bien, dice Gensonné y Barboroux. La misma Asamblea se encargará de velar por París.» La Convención protesta. Si teme á la insurrección teme también á la Gironda. La Convención decreta... es decir, se entretiene hablando... toma medidas va-

gas... pide informes otra vez al ministro... ¿Y qué ha de decirles de nuevo el ministro si ya por la mañana ha hecho declaración de su impotencia?

En estos sombríos momentos en que la barca iba á zozobrar, Danton, llamado por decreto, como los demás representantes de la misión, llegaba de Bélgica. Pudo juzgar Danton cuánto pierden los hombres po-



LASOURCE

líticos que se alejan un momento de la arena del combate. París, la Convención, habían cambiado hasta estar desconocidos.

Un cambio de carácter gravísimo y que pudo hundirlo inmediatamente, fué encontrar á Camilo Desmoulins y Fabre d'Eglantine, arrastrados por el torbellino. Votaban á las órdenes de Robespierre y los Jacobinos daban la mano á los exaltados. Los dantonistas cayeron en la sugestión.

Aun pudo descubrir otro signo. Los Jacobinos habían elegido para presidente á hombres de notoria gravedad: Petion, Danton, Robespierre.

Ahora el presidente era Sain-Just. ¿Y á este hombre de veinticuatro años se le apreciaba tanto por dos discursos que había pronunciado?



El más firme republicano encontraba cerca de sí la contrarrevolución, audaz y ruidosa (Pág. 319)

No, ciertamente. Se le estimó por que se presentía en él la cuchilla vengadora. La sociedad que durante tanto tiempo se consagró á la discusión de principios, deseaba su inmediata ejecución. El asunto de los federados era cuestión de los Jacobinos. Robespierre mismo confesó el 20 de

Enero que los Jacobinos reclutaron gente. Danton presentábase con nuevas ideas, otros rumbos. Danton había estudiado el corazón del ejército. Esta importante cuestión que en los clubs se resolvía con la misma facilidad que los grandes problemas en los cafés, conocíala á fondo Danton. El ejército guardó con referencia al proceso del rey, reservas que revelaban excelente buen sentido. Jamás expresó ni una palabra en pro ni en contra. El ejército no podía resolver una cuestión tan oscura. Pudo creer culpable al rey, por ejemplo, pero en su poder no existía ninguna prueba. El ejército no deseaba su muerte.

Esta moderación del ejército era más notable por cuanto debía estar exasperado por sus excesivos sufrimientos. La Francia lo había abandonado. La lucha entre Cambon y Dumouriez, la desorganización absoluta que existía convirtió al ejército en un montón de seres harapientos. Y entre aquellos soldados había muchos que sujetos á industrias sedentarias, toda su vida habían trabajado bajo un techo, sin haber sufrido las inclemencias de la naturaleza, ni la dureza de los inviernos del Norte. Había gran número de artesanos, artistas y entre otras fuerzas un batallón compuesto de pintores y escultores exclusivamente. Estos jóvenes alegres, vestidos algunos elegantemente, mostrando otros calzones blancos y medias de algodón, sufrieron el terrible cierzo bajo ligerísima ropa, no tenían en sus bolsillos para alimentar su fe y su estómago más que la *Marsellesa* y algún ejemplar de los periódicos abiertamente patrióticos. Jamás hubo un ejército tan pobre vegetando en un país tan rico. Este contraste mismo era lo más encantador de su miseria. Parecía que habían soltado un ejército famélico en el país más rico del mundo para sentir más el hambre. La pesada opulencia de los Países Bajos, deslumbradora en las iglesias, los castillos, las abadías, las abundantes despensas de los frailes, no eran más que motivos de tentación.

Este ejército entusiasta, en la ingenua exaltación del dogma revolucionario, se encontró desde el principio ante la alternativa de robar ó morir de hambre. Con frecuencia ha contesado Dumouriez que aquel ejército enamorado de la pureza sublime de su ideal, sufrió extraordinariamente viendo que la necesidad iba á conducirlo al saqueo y al pillaje. Enrojeció, indignóse ante su censurable conducta y aun pidió á su general que lo defendiera contra sus malas tentaciones, proclamando la pena de muerte contra la indisciplina y la rapiña.

Danton, enviado á Bélgica, á su regreso encontró serias dificultades. Era imposible convertir á Dumouriez en amigo de la Revolución. Sus conocidos, públicos ó secretos, sus amigos, eran curas, banqueros, aristócratas. Danton en contraposición debía sostener en tensión extrema el nervio revolucionario. Esto fué especialmente lo que hizo en Lieja. Esté valiente pueblo, que por su propio esfuerzo conquistó su amenazada libertad, francés de corazón, quiso ser francés hasta el último instante y recibió á Danton como si fuera el mismo Dios. Danton vivió entre los

forjadores de Meuse, aventó el fuego, digámoslo así, en el que se fundió la plata de las iglesias para satisfacer las necesidades del ejército; santas y santos pasaron sobre el yunque acerado. Si las interjecciones eran terribles, espantosas, los actos que se realizaban eran humanos. Danton regresó á París, queriendo desatar el nudo que se había formado. El ejército, como él suponía no quería la muerte del rey. La Francia estaba en idéntica situación. Y, sin embargo, los sucesos habían tomado tal rumbo que salvar á Luis XVI significaba tanto como matar la República. ¿Pero no corría los mismos riesgos si se conducía al patíbulo al rey? Ciertamente. Anunciábanse graves acontecimientos que habían de ocurrir en el Oeste. El amigo de Danton, Latouche, que en Londres expiaba á los realistas, dióle detalles verdaderamente terribles de lo que se tramaba en la Vendee y Bretaña.

Un peligro sobre todos debíase temer, y quizás el único terrible.

La Revolución realmente nada podía contra los trabajos subterráneos, por decirlo así, que desde el extranjero practicaban los realistas; su único recurso y este era el peligro, era el de convertirse en la *Revolución del fanatismo*. Esto es, una Revolución fanática, destructora. ¿Qué sucedería si en Francia estallara la espantosa y contagiosa epidemia del fanatismo?

Apenas habían transcurrido dos siglos desde la matanza de Saint-Berthelemy. Hacia el fin mismo del siglo XVII, en plena civilización ¿no se vió en Cevennes el fenómeno de un pueblo sobrecogido de epilepsia? En medio de una asamblea que tenía aspecto de pacífica, de hombres que hubierais creído sabios, se observaba el espíritu de revolución.

Las mujeres, con los cabellos flotantes, rogaban por el ejército; los niños eran los profetas que siempre anunciaban victorias.

Danton, conocía poco lo pasado, pero penetraba en la historia por medio de su genio; presentía los sucesos, los adivinaba. Desde esta época comenzó á vigilar á la Vendee.

Signos misteriosos aparecían por el Oeste. La Virgen redoblaba los milagros. Asesinábase con más frecuencia. Todo revelaba un estado de honda crisis. En el Maine, en Saval y Fouguere, los hermanos Chouan lanzáronse á los bosques aterrorizando con sus actos de bandidaje. Para comenzar asesinaron á un juez de paz. Su protector era un cura, Legge, que gobernaba á estos bandidos como si fueran una tribu bíblica. Era una especie de Samuel. Un hermano suyo había sido militar. Júzguese el efecto que en poblaciones predisuestas así, causaría la leyenda del Temple, aumentada con todo el carácter de tragedia que da á estas cosas la excesiva fantasía popular. El rey quedó comparado á Cristo y cada uno de los incidentes de la Pasión aplicados al *martirio* de Luis XVI. *La Pasión de Luis XVI*, sería como un poema tradicional que pasaría de generación en generación, de boca en boca, entre mujeres y campesinos. La leyenda de la Francia bárbara.

Debemos advertir que no sólo en el Oeste había la superstición,

establecido su imperio. En el mismo París había una gran masa de fanáticos, que no se atrevían á pronunciar una palabra, pero que representaban una poderosa fuerza. La Revolución sentía bajo sus pies el sordo trabajo de sus enemigos. Desarrollábanse dos fanatismos. Las mujeres, en el mes de Enero, sufriendo un terrible frío, levantábanse para escuchar en una oscura iglesia la leyenda del Temple, contada por un cura reaccionario. Y sin embargo, estas mujeres callaban. Tenían en su corazón todo el odio que los revolucionarios despedían por los labios; era la rabia silenciosa y concentrada del bando contrario que amenazaba ya con desbordarse. Era como un sombrío furor contra el dogma opuesto.

En Saint-Etienne-du-Mont, ocurrió en la Nochebuena del 92, un suceso que llamó la atención. Tal fué la concurrencia á la iglesia que se quedaron sin poder entrar más de mil personas. Explicase desde luego, esta aglomeración, por que se trata de pueblos en que domina la clase campesina siempre fanática. Sin embargo, apunto el dato para que se vaya observando el trabajo de zapa que realizaban los curas.

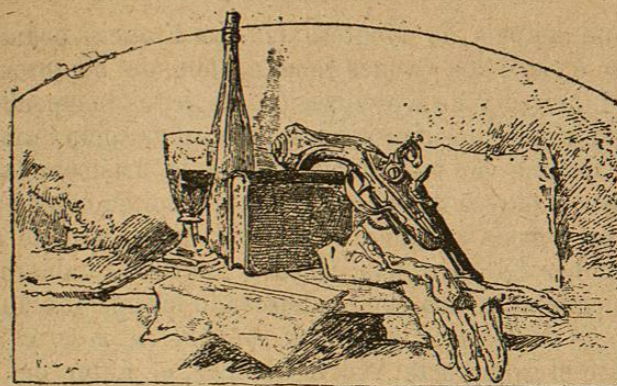
¡Triste situación! Todo el trabajo de la Revolución servía para que las iglesias se llenaran de gente. Desiertas en el 88, están atestadas en el 92, atestadas de un pueblo que reza contra la revolución, esto es, contra el triunfo mismo del pueblo.

Era esto como una enfermedad popular. Los enfermos sentían latir en su corazón sentimientos de humanidad. Abominaban del derramamiento de sangre, así fuese la de un rey, dejándose dominar por la piedad.

Luis XVI iba á ser juzgado, todo lo cual era muy útil, pero sería posible que esto provocara una explosión del fanatismo, creando entonces el obstáculo más grande para una República: el culto á un rey mártir.

Un girondino pudo quizás salvar al rey y no lo hizo, mostrando su conformidad con que se le guillotinasen.

¿Es culpable? ¿La decisión de la Montaña será ratificada? ¿Qué resultados tendrá?



CAPITULO XII

El juicio de Luis XVI (15-20 Enero)

No puede acusarse de barbarie á los que votaron la muerte del rey.—No se puede acusar de débiles á quienes votaron el sobreseimiento, el destierro, etc.—La Gironda aborrecía al rey tanto como la Montaña.—La Gironda por respeto al pueblo quiso ahorrar la sangre del rey.—Testamento republicano de la Gironda.—Los dos partidos piden la publicidad de los votos.—Descorazonamiento de Danton (15 Enero).—Es declarado culpable por unanimidad.—El juicio no sometido al pueblo (15 Enero).—Danton ocupa de nuevo la vanguardia de la Montaña contra el rey y la Gironda (16 Enero).—El rey sentenciado á muerte (16-17 Enero).—Discusión acerca del sobreseimiento.—El sobreseimiento rechazado. Asesinato de Lepelletier (20 Enero).—Enérgica actitud de los Jacobinos (noche del 20-21 Enero).

Ningún acontecimiento ha desfigurado tanto la historia como el proceso de Luis XVI. Escritores de grande celebridad han acogido y autorizado las más vergonzosas injurias que se han lanzado contra la Francia.

Rogamos al lector que no se deje arrastrar por este surco que ha trazado una historia equivocada; deseamos que el lector examine espontánea y personalmente el proceso y que juzgue por su criterio. Le pedimos al lector que no sienta parcialidad contra Francia.

Aunque la Gironda y la Montaña se hayan equivocado (en nuestra opinión) merecen nuestro profundo respeto por la sinceridad con que ambos organismos trabajaron y por el valor de que dieron prueba.

Lo que parece de pronto sorprendente es que entre quienes deseaban la muerte del rey, hubiera hombres de tiernos sentimientos, de buen corazón, sencillos, ingenuos. Jamás ha existido un hombre tan profundamente honrado, ni de alma más sensible, que el gran hombre que organizó el ejército de la República, el bueno, el excelente Carnot. Quizás no hayan existido dos seres más noblemente magnánimos que los hermanos políticos bordeleses Ducos y Fontfrede. Nadie hubo que expresara como ellos la encantadora dulzura y el espíritu eminente-